

# CIUDAD GOTICA

Rosario No Deja De Chorrear

## NARRATIVA

Andrés "Polaco" Abramowsky  
Patricio Pron  
Pablo Solomonoff  
Nacho Rosselló  
Beatriz Vignoli  
Julián M. Sinópoli  
Leandro Tuntisi  
Herminia Claeys  
Sergio Gioacchini  
Pablo E. Teobaldo  
Juan Valesi  
Nahuel Marquet  
Esteban Crincoli

## ILUSTRADORES

Francisco "Pancho" Paronzini  
Dario Sigismondo  
Amancio Aphalo  
Miguel "Indio" Waelkens  
Roland Topor  
Frank Miller  
Gaham Wilson

Año I - N° 0

REDACCION: Suipacha 751 Dto 3.  
Tel. (045) 390703 307213 --

# Librería Logos

TEXTOS EN:

Inglés, Francés, Castellano  
LITERATURA EN GENERAL  
PSICOLOGIA - HISTORIA

ENTRE RIOS 789 - Tel. 25-9352 - 2000 ROSARIO

**FM  
TL 105**

## sumario

### la charla

por Pablo E. Teobaldo

### especies en peligro

por Sergio Gioacchini

### barrio chino

por Juan Valesi

### voz / pájaros / deseo

por Patricio Pron

### claustrofobia

por Esteban Crincoli

### simples lágrimas y medialunas

por Herminia Claeys

### la insoportable levedad

del minuterero

por Andrés Polaco Abramowski

### evolución

por Beatriz Vignoli

### cuando la ciudad duerme

Leandro Tuntisi

### mudanza

por Nacho Roselló

## P O E S I A

### del silencio

Pablo Crash Solomonoff

### poesía

Nahuel Marquet

### imágenes confusas del fin

y el comienzo

Julián Sinópoli

**CIUDAD CÓTICA** revista mensual de  
narrativa. Publicación independiente.

R.P.I en trámite.



¿Y? -un breve, recortado espacio de silencio-. ¿Qué esperarás?

El verdugo no respondió. Sentado en una mala silla de madera, evitaba mirar a la víctima. Recorrió con la vista, en cambio, las paredes de la semidesierta habitación. Nada en especial, apenas algunas manchas de humedad tratando de despegar las fotografías en blanco y negro, viejas, gastadas. Olvidadas. Una solitaria mariposa nocturna revoloteaba heroicamente en elipses delirantes, teniendo como eje tentativo la desnuda lámpara que colgaba de un asqueroso cable encaitado de mugre.

-¿No tendrás miedo? -insistió la víctima. Estaba fuertemente atada a una segunda e idéntica silla, casi en el centro de la cósmicamente mediocre salita-. Cobarde... Cobarde...

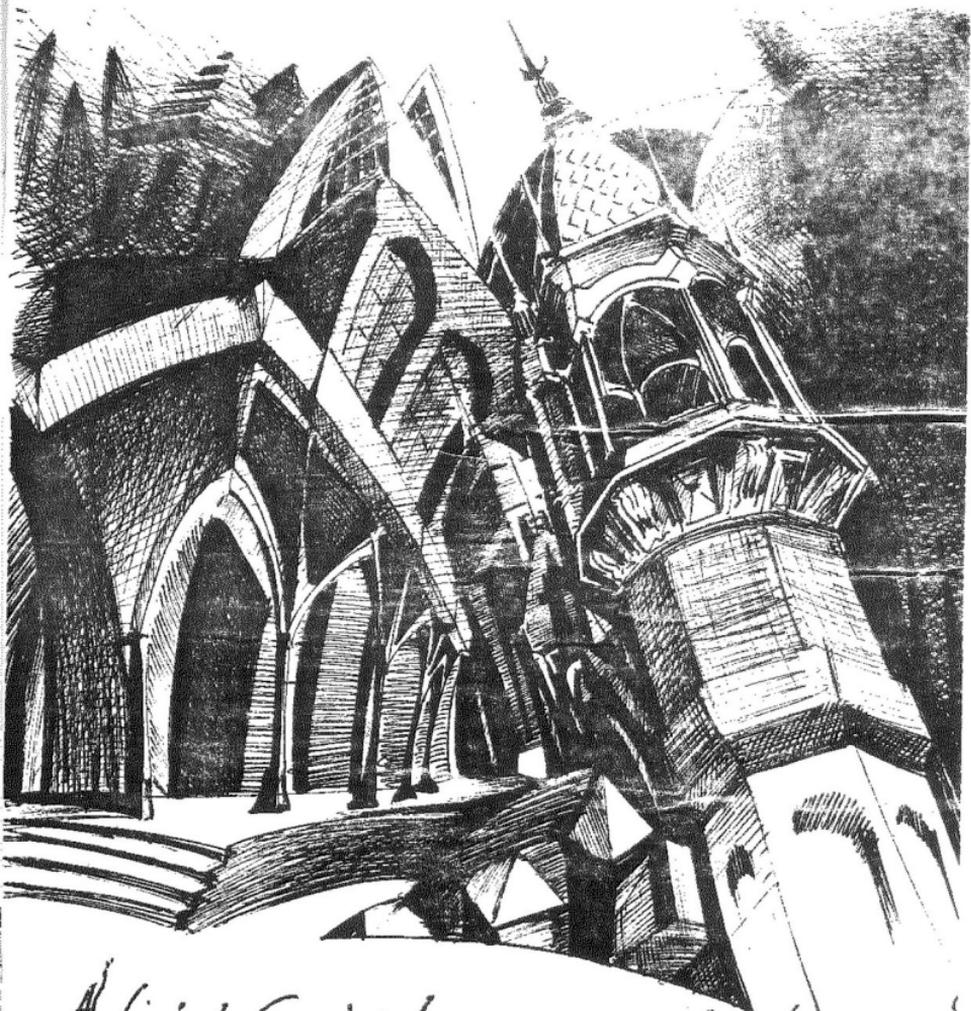
El verdugo respiró con dificultad; se enjugó el sudor que inundaba, pegajoso y dulce, su frente tajeada de arrugas con la manga de una camisa añejamente sucia. Con la otra mano sopesó la Browning, la estudió, la interrogó con el pensamiento; la tarea que debía cumplir inexorablemente le pareció algo inaudito, imposible de llevar a cabo. El peso de algún horror pasado se echó sobre sus hombros ya cansados, extenuados, destruidos. A lo lejos, fuera de la habitación mal iluminada, podía intuirse un gotear acompasado, como un eco en una caverna húmeda y opresiva.

-Cobarde... -siseó la víctima, buscando poner rápido fin a días y días de sufrimiento, de ruina física y mental. Tal vez sospechaba que la tortura podía reanudarse en algún momento, y esa sola idea le infundía un terror más profundo que la noción de muerte, de absoluta no-existencia, de negrura, de vacío, de final-. Pedacito de mierda, pedacito de mierda, eso sos, una bosta, un pedazo de mierda, no servís para nada, vamos, matáme, dale, animáte, ¿eh?, ¿qué esperarás?

El verdugo pareció salir de su sopor con esta última pregunta; sacudió la cabeza, tal vez en un acto de simbólica limpieza espiritual, tal vez buscando un espacio en blanco que le permitiera hacer lugar a la simple acción de apretar el gatillo. Si era tan fácil... Pum, y a otra cosa, a descansar, a tomar un café, a cobrar la plata que le debían pagar por ese trabajo, a comer en algún sitio elegante, a buscar alguna puta de las buenas, a escuchar algún viejo disco de blues mientras bebía un licor suave... Se levantó. Dio algunos pasos en dirección a una de las paredes; esa pieza carecía de ventanas. Apoyó el antebrazo en el yeso de la pared y la frente en el antebrazo, sintiendo el calor que lo sofocaba en todo su cuerpo y sintiendo y aceptando sin resistencia alguna el sudor que ahora bajaba a raudales por su cuello, su espalda, sus axilas, sus brazos. Escupió involuntariamente el piso de listones de madera. Miró el suelo con sorpresa.

-Matáme ya, basura puta, matáme ya, es fácil, vamos, vamos, ¿eh? -la Gotas hirvientes de humedad recorrían las paredes en dirección horizontal... la víctima no se rendía. Tenía un único y último e irónico objetivo. Esta vez no perdería. Lo sabía-. ¡Matáme! ¿Qué esperarás? ¿Qué esperarás? Un tiro, nada más, si encima te pagan, da-

continúa en página 6



A Ciudad Gotik

Luis Dino Gigis mundo

**Centro Impresiones**

Composición Laser  
Diseño Gráfico  
Impresiones Offset

Entre Ríos 1181 - Loc. 0001  
Mensajes al Tel 21-5978 - 2000 Rosario

le, un tiritó y a la mucha, dale pedazo de mierda matáme de una buena vez dale vamos tirá tirá tirá TIRA.

El verdugo siguió apoyado contra la pared durante unos instantes; luego comenzó a caminar en círculos alrededor de la víctima, círculos amplios al principio, pero con una decidida finalidad concéntrica, cada vez más cerca, más cerca... Se detuvo detrás de la víctima, verificó la carga de la pistola, volvió a observarla, acarició el gatillo... Bruscamente, con un movimiento reflejo, soltó el arma, que cayó al piso blanda, resignadamente. El verdugo se dejó caer de rodillas, rendido, sudando a mares, los ojos y las manos y las piernas y hasta los pulmones cansados, pidiendo un respiro, una salida, como el boxeador al borde del *knock out* que a pesar de todo no se rinde, que quiere seguir luchando, pero que necesita a *break*, un mínimo espacio de tiempo como para rearmarse, para volver a intentarlo. El aire se había tornado decididamente irrespirable, barroso, como miasmas de un río tropical; sólo faltaban algunos mosquitos venenosos, pensó con algo de ironía el verdugo. Si al menos su víctima parara de hablar... Sólo por unos minutos. Sólo eso. La mariposa nocturna se posó en su brazo derecho y comenzó a chupar con frenesí el sudor que lo empapaba. El verdugo apenas atinó a mirarla con ojos vidriosos, como en un sueño, un mal sueño...

-La concha de tu madre, matáme, dale, matáme, no te voy a implorar si eso es lo que querés, ¿eh, basura? No te lo voy a pedir por favor, porque sos una mierda, un trapo de piso lleno de mierda, no tenés aguante, dale, dale... -se detuvo unos segundos, pero sólo para tomar aire con fuerza y volver a la carga-. ¿No tenés aguante? Es eso, ¿eh? O no sabés cómo se usa una se esas... Yo te voy a enseñar... La agarrás por la culata, metés el dedito índice en el gatillo, apuntás acá, a la cabeza, y... ¡pero si ya lo sabés! ¿Qué esperás? ¿Qué esperás?

El verdugo seguía de rodillas, aunque daba la impresión de ser una montaña de barro derrumbada por una tormenta de palabras. Cerró los ojos, tal vez para no ver a la mariposa que continuaba lamiendo su transpiración, quizás para no ver la Browning brillando en el piso. Parecía ser (no, en verdad lo era) el único objeto que reflejaba la luz de la bombita eléctrica en toda la alucinante habitación. La Browning parecía querer hablar al verdugo, transmitirle un nuevo mensaje, un nuevo destino para el plomo que guardaba en sus entrañas mecánicas. La mariposa seguía chupando sudores, colosal, atemporal... El calor... La presión a punto de reventar las arterias de la sien...

El calor.

-¿Y? ¿Qué esperás?

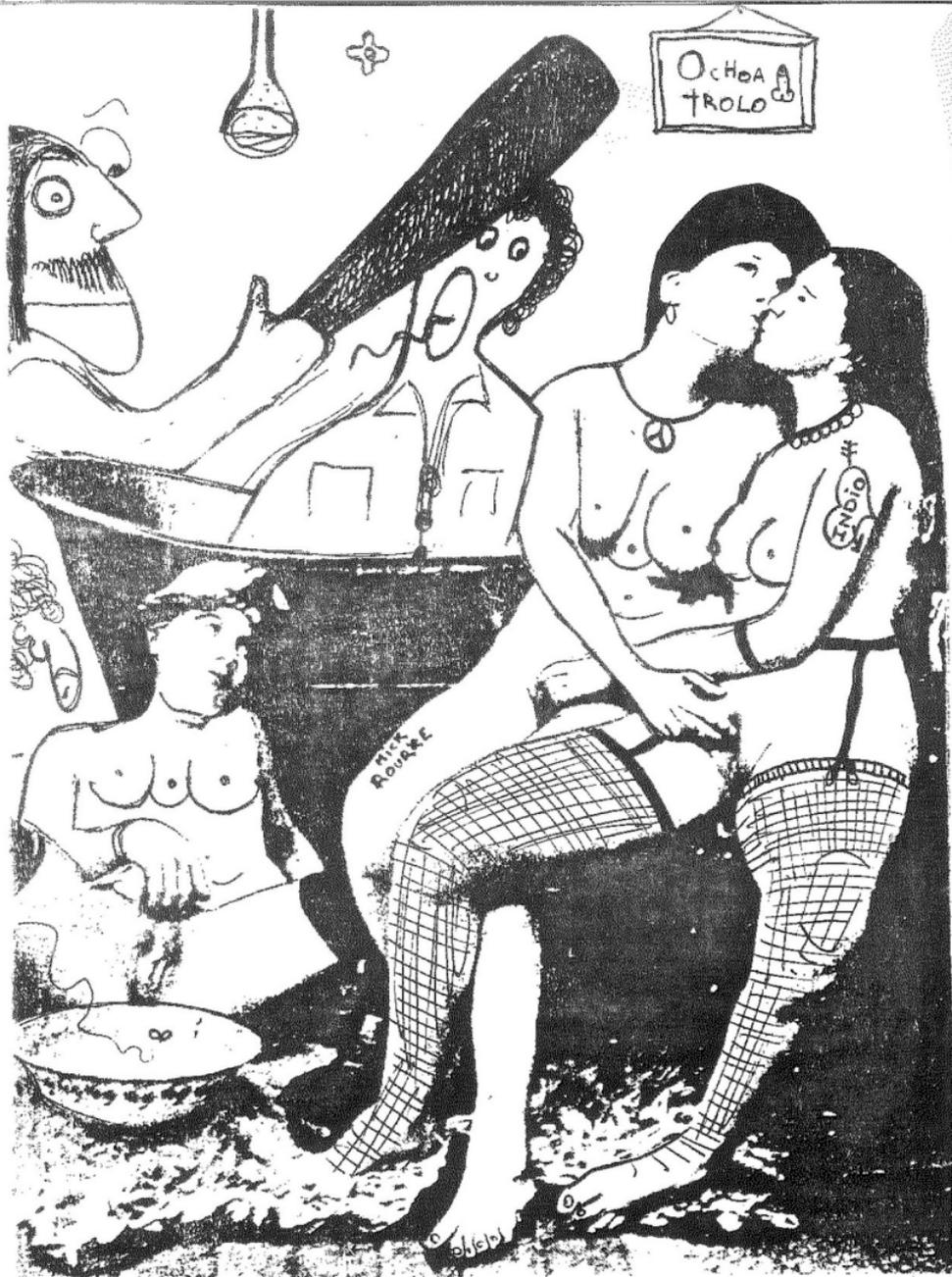
-BASTA.

Un único, universal disparo. El silencio que cayó entonces se abrazó a la oscuridad y ésta abrazó al frío de lo infinito.

**PABLO E. TEOBALDO.-**

## ESPECIES EN PELIGRO

Espero a Pablo detrás de la puerta. Es una vieja artimaña. Escucho al viejo Ornette Coleman. Pienso: Poema de Amor al Viejo Ornette. Ana no fue a la reunión. Tampoco estaba Pilar. Estábamos casi todos. Incluso Marcelo. Yo me la había tirado a Isabel. Charly, como siempre, se paseaba desnudo sin rezongar. Escuchaba discos de Rush. Lo mismo con él, ¡qué más da! Alejandra había traído unas tripas celestes. Anduvimos a los saltos toda la tarde y buena parte de la noche. Poema de Amor al Viejo Ornette. ¿Cómo empezarlo? Ni una sola idea en la mente. Una ráfaga que cruza el instrumento de plástico. Nacen pocas ideas esperando a Pablo. Tenía que reventarlo: nos había batido. Claro, el muy puto. Calle tal, piso tal, depto tal. Y encima un día antes me había transado el reloj que los viejos me regalaron para los 16. Pe y Erme ahorrando por meses. Un Bulova, ¿qué tal? Ahora tengo en mi manos un caño de agua. Se lo voy a partir por el lomo. Todos en cana. Pintaron los uniformados con toda la parafernalia, y nosotros todos en bolas. Charly escuchando su musiquita de los '70. Fascinado. Ana y Pilar seguro que sabían lo de la batida. Ya tendrán su parte. Pero ahora le tocará a este hijo de puta. Fue fácil saltar de un balcón a otro. Nadie se había animado. Yo justo estaba mirando hacia abajo, tenía los calzones puestos y el corpiño de Isabel como gorra, cuando los vi venir. Grité: ¡Rajemos, la cana!, y las boludas se empezaron a cambiar. Yo inmediatamente salté al otro balcón, así como estaba, con la gorra erótica en la cabeza. El salto fue espectacular -quizás hayan sido las tripas. Mario se reía desesperado. Gritaba: -Me cagaron, hijos de mil putas, me cagaron bien cagado. Y yo pensé: -¿Quién habrá sido el batidor que nos mandó al frente? Tardé poco en recordar la expulsión de Pablo del grupo y su amenaza de venganza. Pero ahora no se me va a escapar. Tengo el caño y me jalé un papel completo. Pablo, el muy puto. Ya nos había arruinado otro fato. Nosotros íbamos a la esquina de la plaza del barrio a hacer rostro. Ellas pasaban en flacas bicicletas, con sus shores a rayas gruesas y sus piernas calentitas y tostadas. Nuestras miradas echaban chispas. Y también esperábamos a la mujer del auto plateado. Toda su voluptuosidad nos fascinaba. Ella era hermosa y sus hijas, dos gatitas de 15 y 13, no se quedaban atrás. Nos enloquecía la idea de una fiesta con las tres juntas. La mina nos relojeaba todas las tardes cuando iba a buscar a las chicas a la salida del colegio privado. Es la mujer de un médico de prestigio. Todos la amamos ilusoriamente. Un día va el idiota de Pablo y se le tira. Y la tipa lo rebota. Pero claro, con este pendejo no puede pasar nada. Todavía tiene la cara de bebote. Esperá, Pablo, esperá que se te va a cambiar muy rápidamente con dos o tres mandobles de este caño. 40 centímetros de largo. La tipa después de eso pasa a las perdidas y ni nos mira. Aparte se enteró media ciudad y nos hacen a un lado. Zafamos con este pequeño grupito de putitas de entrecasa, con cierto olor a grasa frita en las polleras y el cabello, a pesar del lavado de crema, el champú de algas y todas las otras porquerías que se ponen. Yo me atraqué a la primera en el boliche de la ruta. La llevé al auto y le di queprobara un caño. Quedó medio loca y desvirgada. A partir de ahí todas atrás nuestro. El Guille, cuando lo dejan salir, pide una gata y un pico. Va a reventar. Bueno, después de todo es libre de elegir. Si quiere



explotar que explote. Y Pablo que no viene. Encima se te pasa la bronca. Los otros ya deben estar todos afuera. Somos todos menores. Además, ellos tienen padres con filo. Escucho que para un auto. Preparate chabonazo que de ésta no te salva ni Dios. Falsa alarma. Nadie. Rien. Ella anoche me enseñaba francés. Rien. Un chien. Mon amour. Isabel, la tetona. La teutona. Yo le decía que era Colón. El almirante, como todo buen tano, buen mafioso. Ella me recitaba poemas de Prevert y de Rimbaud. Eso de la eternidad que ha sido encontrada fue muy bueno. L' eternite. Ese Rimbaud se daba la masa, pero era capo. Siempre es así. Si no sos capo, por más cosas que te metás adentro, no zafás. Sos un cascote y punto. El Guille lo sabía. El Guille era un genio. Pero se quemó. Una estrella que consumió todo su fuego. Yo quiero hacer un poema: Poema de Amor al Viejo Ornette. Pero primero le voy a hacer un poema a Pablo en la cuca que no se va a olvidar en los próximos treinta pirulos. Mi vieja me había preguntado qué había hecho con los lompa, porque yo traía unos que había afanado en el depto de al lado, en donde me había quedado como dos horas temblando por que no llegaran los dueños y me frentearan a la canuta. Pero no vino nadie. Esperé a que se fueran los polis. Mario les gritaba barbaridades. Le deben de haber dado una biaba padre. Después encontré unas llaves cerca de la puerta de entrada. Me puse unos lompa que creo que eran de mina y una camisa de bambula amarilla. Todo me quedaba bastante bien; podía pasar desapercibido. Y después me fui. Y el gil a cuerda de Pablo que no viene. Este caño pesa como dos mil toneladas. Fue fácil entrar a su casa. El me había enseñado a hacerlo. Tenías que subir al piso de arriba por la puerta de atrás y después levantar la persiana de la pieza de él, que siempre dejaba así por si se olvidaba la llave y no estaban los viejos, y ya estabas adentro. Yo me había subido a la azotea a la mañana muy temprano, era oscuro todavía, después de que pasé por mi casa a cambiarme de ropa. Esperé a que se fueran todos, los viejos a laburar y Pablo al colegio. Después entré y ya hace como cuatro horas que espero. Otro auto que para. Pablo va a la escuela en auto y es menor, pero el viejo es un tipejo importante y nadie se anima a tocarlo. Otro auto que para. Oigo pasos que vienen para acá. Mi querido Pablo, vení. Vení que acá te espero con el garrote en la mano. Escucho con una lucidez que fascina un blues tocado, mas bien trastocado, por Ornette. Viene de cerca, ayudando. Una llave que emboca la cerradura, gira una vez, se trava, se detiene, hace un poco de forcejeo y comienza a girar. Ahora sí, otra vuelta. Se abre la puerta. Pablo camina tranquilo unos pasos por una casa que él cree desierta. Tiene puesta la campera marrón. Levanto el fierro bien alto y le doy en la cabeza. Cae. Lo miro caer con la cabeza llena de sangre, partida en algún lado. Sé que le di duro. Muy duro. Me doy vuelta para escapar, para irme corriendo hacia algún sitio tranquilo. Veo a Pablo mirándome desde el marco de la puerta. Esta petrificado mirando al otro caído en el piso. No entiendo lo que pasa, seguro que le pegué a algún otro, a su viejo. No entiendo lo que pasa. Levanto el fierro y le doy a Pablo en la oreja derecha. No lo veo caer, corro... Corro... Corro. Mucha gente me ha visto. Tomo un colectivo de línea. Nadie me sigue, pero me vieron; y ahora saben. Los polis van a estar detrás mío muy rápidamente. Me bajo cerca de la ruta que va para Córdoba. Todos los que están en el colectivo me miran. Aún tengo el caño en mis manos. Los saludo con la cabeza: ellos son inocentes. Luego cruzo varias calles inconexas, pobres. Corro desesperado. El aire entra velozmente en mis pulmones. Me ahogo de tanto aire. Enfilo hacia el

campo. Algunos me miran. Nadie sabe por qué corro de esa manera. Está loco, dicen. Pero para todos ellos yo estoy limpio. Ya casi no hay casas, ni hombres. Sólo unos cuantos parroquianos taciturnos que vagan por las calles de tierra del puro campo. Voy al viejo matadero por instinto, sin proponérmelo concientemente. Sé que está abandonado. Podré esperar algún tiempo allí. Llego al lugar. Trepo. Penetro. Tiro mi agotado cuerpo al piso mugriento. Respiro desesperado. Mis ojos buscan ver. Está todo muy oscuro. Busco ver. Tengo terror. Ahora está todo muy oscuro. Muy oscuro. Sobre el piso aparece fosforescente, como a dos pasos de mí, el rojo de la sangre que baña el extremo del caño. Pienso:

### Poema de Amor al Viejo Ornette

Viejo flaco, blanca barba  
Soplando un tubo trabajado  
por artesanos del bronce y del plástico  
Viejo tonto, tu caño brillante  
Golpeó.  
También vos estás ensangrentado.

### Sergio Gioacchini

**Nota:** este cuento fue publicado por primera vez en la revista Cerdos & Peces, de Capital, hace aproximadamente cinco años. Por omisión de los responsables de la publicación el relato salió sin el nombre del autor. Los años han pulido algunas asperezas, pero eso las posibles variaciones del texto ya editado. Valga la aclaración.

Dr. Moisés Aníbal Huanambal

GASTROENTEROLOGO

Video-endoscopías

Tratamiento radical de hemorroides  
con bandas elásticas.

Urquiza 1585 - Tel. 259354 - 251061

Dr. William César  
Cabrejos Sánchez

MEDICO GINECOLOGO

Sanatorio **SANTA MARIA**

9 de Julio 1438 - Tel. 212103

Dr. Felipe M. Chumpitaz

Cirugía General  
Proctología

Urquiza 1581 - Tel. 259354/251061

No se quede afuera del  
mundo... Aprenda

**ALEMAN - INGLES  
FRANCES  
TRADUCCIONES**

Tel. 24-5887

explotar que explote. Y Pablo que no viene. Encima se te pasa la bronca. Los otros ya deben estar todos afuera. Somos todos menores. Además, ellos tienen padres con filo. Escucho que para un auto. Preparate chabonazo que de ésta no te salva ni Dios. Falsa alarma. Nadie. Rien. Ella anoche me enseñaba francés. Rien. Un chien. Mon amour. Isabel, la tetona. La teutona. Yo le decía que era Colón. El almirante, como todo buen tano, buen mafioso. Ella me recitaba poemas de Prevert y de Rimbaud. Eso de la eternidad que ha sido encontrada fue muy bueno. L' eternite. Ese Rimbaud se daba la masa, pero era capo. Siempre es así. Si no sos capo, por más cosas que te metás adentro, no zafás. Sos un cascote y punto. El Guille lo sabía. El Guille era un genio. Pero se quemó. Una estrella que consumió todo su fuego. Yo quiero hacer un poema: Poema de Amor al Viejo Ornette. Pero primero le voy a hacer un poema a Pablo en la cuca que no se va a olvidar en los próximos treinta pirulos. Mi vieja me había preguntado qué había hecho con los lompa, porque yo traía unos que había afanado en el depto de al lado, en donde me había quedado como dos horas temblando por que no llegaran los dueños y me frentearan a la canuta. Pero no vino nadie. Esperé a que se fueran los polis. Mario les gritaba barbaridades. Le deben de haber dado una biaba padre. Después encontré unas llaves cerca de la puerta de entrada. Me puse unos lompa que creo que eran de mina y una carnisa de bambula amarilla. Todo me quedaba bastante bien; podía pasar desapercibido. Y después me fui. Y el gil a cuerda de Pablo que no viene. Este caño pesa como dos mil toneladas. Fue fácil entrar a su casa. El me había enseñado a hacerlo. Tenías que subir al piso de arriba por la puerta de atrás y después levantar la persiana de la pieza de él, que siempre dejaba así por si se olvidaba la llave y no estaban los viejos, y ya estabas adentro. Yo me había subido a la azotea a la mañana muy temprano, era oscuro todavía, después de que pasé por mi casa a cambiarme de ropa. Esperé a que se fueran todos, los viejos a laburar y Pablo al colegio. Después entré y ya hace como cuatro horas que espero. Otro auto que para. Pablo va a la escuela en auto y es menor, pero el viejo es un tipejo importante y nadie se anima a tocarlo. Otro auto que para. Oigo pasos que vienen para acá. Mi querido Pablo, vení. Vení que acá te espero con el garrote en la mano. Escucho con una lucidez que fascina un blues tocado, mas bien trastocado, por Ornette. Viene de cerca, ayudando. Una llave que emboca la cerradura, gira una vez, se traba, se detiene, hace un poco de forcejeo y comienza a girar. Ahora sí, otra vuelta. Se abre la puerta. Pablo camina tranquilo unos pasos por una casa que él cree desierta. Tiene puesta la campera marrón. Levanto el fierro bien alto y le doy en la cabeza. Cae. Lo miro caer con la cabeza llena de sangre, partida en algún lado. Sé que le di duro. Muy duro. Me doy vuelta para escapar, para irme corriendo hacia algún sitio tranquilo. Veo a Pablo mirándome desde el marco de la puerta. Esta petrificado mirando al otro caído en el piso. No entiendo lo que pasa, seguro que le pegué a algún otro, a su viejo. No entiendo lo que pasa. Levanto el fierro y le doy a Pablo en la oreja derecha. No lo veo caer, corro... Corro... Corro. Mucha gente me ha visto. Tomo un colectivo de línea. Nadie me sigue, pero me vieron; y ahora saben. Los polis van a estar detrás mío muy rápidamente. Me bajo cerca de la ruta que va para Córdoba. Todos los que están en el colectivo me miran. Aún tengo el caño en mis manos. Los saludo con la cabeza: ellos son inocentes. Luego cruzo varias calles inconexas, pobres. Corro desesperado. El aire entra velozmente en mis pulmones. Me ahogo de tanto aire. Enfilo hacia el

campo. Algunos me miran. Nadie sabe por qué corro de esa manera. Está loco, dicen. Pero para todos ellos yo estoy limpio. Ya casi no hay casas, ni hombres. Sólo unos cuantos parroquianos taciturnos que vagan por las calles de tierra del puro campo. Voy al viejo matadero por instinto, sin proponérmelo concientemente. Sé que está abandonado. Podré esperar algún tiempo allí. Llego al lugar. Trepó. Penetro. Tiro mi agotado cuerpo al piso mugriento. Respiro desesperado. Mis ojos buscan ver. Está todo muy oscuro. Busco ver. Tengo terror. Ahora está todo muy oscuro. Muy oscuro. Sobre el piso aparece fosforescente, como a dos pasos de mí, el rojo de la sangre que baña el extremo del caño. Pienso:

### Poema de Amor al Viejo Ornette

Viejo flaco, blanca barba  
Soplando un tubo trabajado  
por artesanos del bronce y del plástico  
Viejo tonto, tu caño brillante  
Golpeó.  
También vos estás ensangrentado.

### Sergio Gioacchini

**Nota:** este cuento fue publicado por primera vez en la revista Cerdos & Peces, de Capital, hace aproximadamente cinco años. Por omisión de los responsables de la publicación el relato salió sin el nombre del autor. Los años han pulido algunas asperezas, pero eso las posibles variaciones del texto ya editado. Valga la aclaración.

Dr. Moisés Aníbal Huanambal

GASTROENTEROLOGO

Video-endoscopías

Tratamiento radical de hemorroides  
con bandas elásticas.

Urquiza 1585 - Tel. 259354 - 251061

Dr. William César  
Cabrejos Sánchez

MEDICO GINECOLOGO

Sanatorio **SANTA MARIA**

9 de Julio 1438 - Tel. 212103

Dr. Felipe M. CHumpitaz

Cirugía General  
Proctología

Urquiza 1581 - Tel. 259354/251061

No se quede afuera del  
mundo... Aprenda

**ALEMAN - INGLES  
FRANCES  
TRADUCCIONES**

Tel. 24-5887

# BARRIO CHINO

-¿No te da asco la banda de sonido de Tango Feroz? -traté de decir, pero lo único que pronuncié fue un susurro gangoso.

-¿Qué dijo? -se animó a responder Mariana.

-No sé -dijo su compañero.

Volví a intentar ser comprendido y reiteré la pregunta: -¡Que si no te da asco la banda de sonido de Tango Feroz!-. Con voz fuerte y convincente quise tener un aliado de mis gustos.

-No -al mismo tiempo que negaba, me pasó su cerveza.

Al no coincidir con mi interlocutor, mi furia creció de tal manera que, sólo para encontrar un poco de diversión esa noche, ya que todo el mundo estaba bailando menos yo, lo degollé con el aluminio de la lata de cerveza, que para peor ya se había acabado. Y así, tranquilo y con la conciencia limpia, salí de ese sótano inmundo seguido por un par de borrachos, un junkie, y dos mujeres que justificaban sus risas con mis actos, y miraban asombrados como yo subía despacio por la escalera. Este fue el primer crimen que cometí esa noche.

Mientras caminaba, pensaba si iba a poder encontrar un bar con una rubia recostada sobre un piano viejo y gastado, cantando algo de Otis Redding.

Pero no, la ciudad era un escenario perfecto para seguir matando. Sólo que me había olvidado la lata de cerveza.

Decidí golpear la puerta de un viejo amigo. Viejo porque tenía 94 años. Una vez había tratado de venderme una antigua pipa de opio que su nieto, el marinero, le trajo de Shangai. Siempre me contaba buenas historias, y me invitaba a fumar como para convencerme de que 50 pesos valían la pena para adquirirla. Pero esa noche yo no prestaba mucha atención a sus relatos, todavía muy intranquilo por lo que me podía suceder luego del crimen en el bar. Cuando ya estaba cómodamente adormecido, decidí marcharme, dejando solo al viejo sentado en su sillón polvoriento y rasgado hablando y hablando sin darse cuenta de que yo me estaba yendo.

Cuando salí del edificio ya no era de noche y una espesa niebla cubría absolutamente todo. Los colectivos pasaban y los choferes, al no ver mis señas, no frenaban. Así estuve dos horas esperando; pensaba en volver a lo del viejo pero no lo hubiese soportado mucho tiempo más y no quería cometer otro crimen. O sí. Sí, ¿por qué no? Si maté a uno, la suma de otro no afectaría mucho a mi psique. Cuando estaba por volver a golpearle la puerta al viejo, escuché la frenada y el deslizarse de las gomas sobre el pavimento mojado. Subí al colectivo pensando que podría estar mejor en mi casa comiendo algo caliente.

Durante el viaje de vuelta estuve sentado en el medio de la última hilera, de cinco asientos. Al rato se sentó al lado mío un borracho que me preguntaba cada cinco minutos si no quería un trago del veneno que él estaba tomando. Y a mi izquierda tenía a una vieja dormida que apoyaba de vez en cuando su cabeza en mi hombro. No lo soporté. Bajé en una plaza y entré en un bar que estaba enfrente. Fui directamente al baño, me mojé la cara y me miré al espejo. Había algo de cinismo en mi rostro.

Decidí volver caminando y, llegando a mi barrio, no pude evitar el tener recuerdos de mi infancia. Recordaba a Don Vito, el almacenero de la esquina de mi casa, cuando se enojaba porque nunca tenía cambio para darme el vuelto. Así llegué al lugar donde viví toda mi vida. Abrí la puerta con asco, con un gusto agrio en mi garganta. Entré en mi habitación y miré el reloj. Las ocho y media de la mañana era una hora perfecta para hacerle una compra a Don Vito. Saqué un billete de cien pesos de mi billetera y me dirigí al almacén. Cuando me vio entrar,

continúa en página 12

CIUDAD SÓTICA / 11

Don Vito no pronunció palabra alguna. Con voz de dormido y aliento a muerto y cara desafiante le dije: -Don Vito, déme un huevo y un limón, por favor -al mismo tiempo que palpaba con mi mano la enorme cuchilla con la que él cortaba el fiambre.

-Espero que tengas cambio, pibe, recién empiezo -me advertió, y yo sonreí.

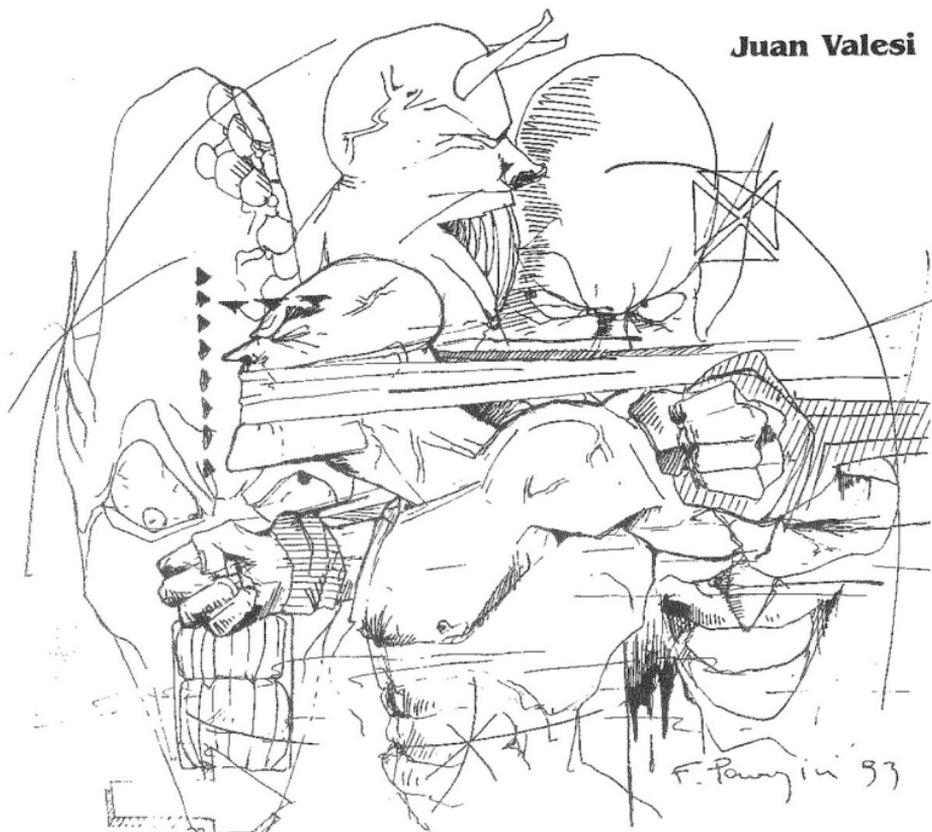
-Qué le parecen cien lindos pesitos nuevos. Mire, me da lástima doblar el billete -le contesté combativamente.

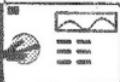
-Ah, malandrino, juro que me lo hacés a propósito, si tu padre no fuera... -no se animó a seguir.

-¡Si mi padre no fuera qué, viejo de mierda! ¡Si mi padre no fuera qué! -yo ya tenía la mano apretando el mango de la engrasada cuchilla que de un solo giro en el aire llegó hasta su garganta con fuerza extraterrena seccionándole la cabeza y dejándosela en su lugar natural.

Empecé a escuchar la sirena mientras levantaba la cabeza de Don Vito y observaba con extrañeza sus venas chorreantes.

**Juan Valesi**





El humo del cigarrillo traza su espiral ascendente y aromática. El edificio está quieto y vacío. A excepción de la voz que intermitentemente se escucha a través de los parlantes, cada vez más distante y monocorde, indicando la realización de una junta sin importancia de especialistas inexistentes a un horario de relativa incumbencia, no hay otros sonidos en el edificio.

Cualquier otra persona le restaría importancia a esa voz pero, para mí, su existencia es vital pues me ha ayudado a no enloquecer de soledad.

Yo la escucho atentamente y luego transcribo todo lo que ha dicho en un cuaderno, en el que también escribo esto. Con el tiempo he aprendido a reconocer las modulaciones de la voz y así saber qué siente, en qué piensa, quién es aquella que la posee; incluso he trazado un boceto de cómo es ella, sé que es rubia, tiene treinta y cuatro años, los ojos cafés, mide más o menos lo que yo y nació en Rosario. Todo esto lo sé a través de su voz.

Durante años he intentado comunicarme con ella, pero ha sido en vano. Al principio construí con unos cables que quité de la pared y una vieja radio a pilas un aparato llamado Telegráfono, que enviaba en todas las direcciones y durante las veinticuatro horas mi mensaje; pero pronto se acabaron las pilas y el aparato quedó inútil.

Sin embargo, no me resigné. En espera de que ella estuviera en los edificios contiguos, comencé a arrojar a través de la ventana las latas de conserva vacías con mensajes en su interior. Hice esto hasta romper los vidrios de todas las ventanas, pero nada.

Desde entonces me he conformado con hablarle cuando lo deseo. Sé que me escucha, como sé que me ve. Por ello me afeito puntillosamente todas las mañanas, luego de decirle "buen día"; cuando como pongo dos platos a la mesa. Íntimamente sé cuando ella está satisfecha, entonces retiro el plato, lo lavo y le invito café.

Pero sé que está enferma. No, ella no me lo ha dicho pero lo sé, ¡es tan frágil! En los últimos días su voz se ha tornado más grave y distante y ya no habla conmigo como solía hacerlo. Sé que me necesita.

Por ello he tomado una decisión. Transgrediré las normas y saldré de la oficina. Tengo miedo; nunca he abandonado este lugar y no conozco el edificio, sin embargo me aventuraré. Superaré esta puerta y entonces su voz será mi guía en los innumerables pasillos. Y la encontraré; la abrazaré, la besaré y nos reiremos los dos hasta saltársenos las lágrimas de mis pesadillas pasadas, aquellas que pretendían que ella no era sino una máquina, una maldita máquina en este infierno vertical de tecnología.

Sé que la encontraré.

**Patricio Pron**

## PAJAROS

El hombre salió de la casa con el Crónica ya hojeado bajo el brazo. El aroma del limonero que en el aire denso de la mañana se mezclaba con el sabor del polvo y las hojas muertas le impregnó las narices y le despertó el resto de vida que no le despertaran los mates con bizcochos de grasa.

Al verlo la mujer dejó de barrer, sonrió levemente y se apoyó en la escoba.

El hombre se pasó la mano ajada por la frente ancha y luego por el cabello engominado, con leves ondas que se hacia con el canto del peine, tras saludar brevemente

a la vecina, se sacó el manojo de hojas de debajo del brazo y simulando leerlas suspiró y dijo:

-¿Cómo anda el mundo, señora! ¡Vio cuántos asesinos que hay...! Uno lee todos los días el diario y la verdad es que no entiende; y piensa que han de haber sido pibes y... y tenido una viejita que les daba con el mimbre cuando se escapaban a la siesta a cazar pajaritos y...

"¿Sabe? -el hombre se sonrió-. Allá en Puerto Gaboto... porque yo vivía en el pueblo, ¿no?... cazábamos pájaros... con los pibes... pero yo cazaba solo porque mi viejo me había regalado un rifle. La viejita siempre protestaba cuando él se levantaba de la mesa y, sin decir palabra, iba hasta el mueble y sacaba el par de cartuchos.

"Entonces -continuó el hombre, abstraído-, salía al calor de la siesta y caminaba... y llamaba a los pájaros... Entonces, cuando llegaba al monte, ése... el que estaba casi sobre el río, me sentaba a la sombra a esperar que apareciera alguna torcacita, un benteveo o una palomita de la virgen... y entonces todo era apuntar despacio... tirar -el hombre cerró los ojos como si escuchase el disparo- y correr donde cayera.

Se detuvo; un pájaro atravesó fugazmente la calle y, tras contemplarlo, continuó diciendo casi para sí:

"Sí... todavía escucho los gritos de los pájaros; había muchísimos y ensordecían. Entonces, todos los sonidos eran de pájaros... todos los colores de pájaros... el aire olía a pájaros; y yo los cazaba.

"He llegado a la crueldad, mire -bajó lentamente la cabeza agobiada por el peso del recuerdo-, de usar un dardo en vez de un cartucho... y un día le llevé a mi vieja un pájaro, creo que era un cardenal... Sí, eso era; todavía no me olvido... el cardenal tenía el dardo atravesado en el pecho. Yo se lo mostré y ella me dijo que... pobrecito, debe haber tenido familia, y... y yo me sentí tan mal, ¿sabe?, que todavía me despierto a la noche escuchando cómo cantan los pájaros, y... ese cardenal que yo sé que está muerto, pero todavía canta... a la noche... ¿Me entiende?"

La mujer levantó la cabeza suavemente y lo miró a los ojos o un poco más arriba, a la frente.

-Bueno -dijo él-, no la molestó más; me voy al laburo... Adiós.

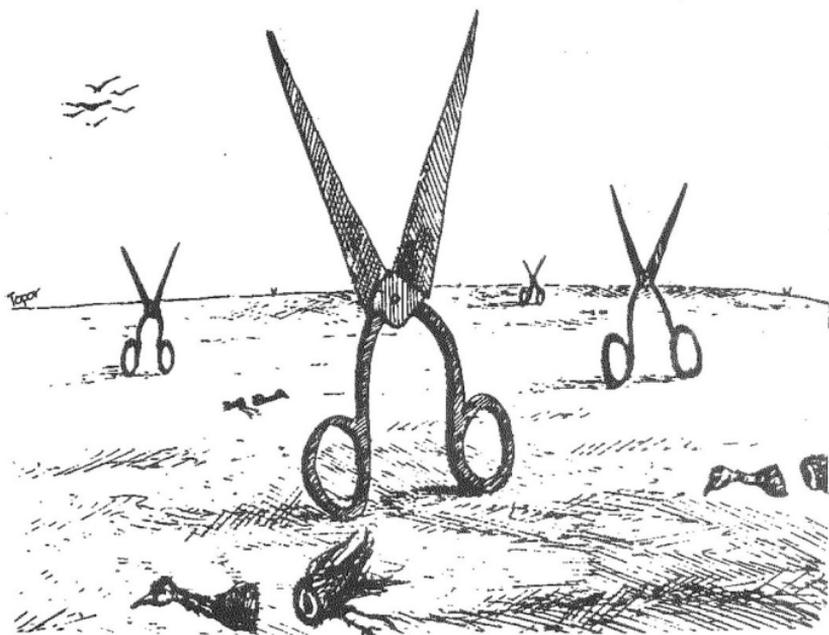
El hombre se alisó nuevamente el cabello, dio media vuelta y empezó a caminar,

silbando, para el lado de la estación.

La mujer siguió barriendo, y lo olvidó. Después de repasar las escasas hojas que cayeron sacudió el cepillo de la escoba contra el empedrado y sometió a la cuadra a su atenta mirada. Luego entró. Pensó en lavar las sábanas del hijo y barrer el cuarto, pero algo la inquietó. No supo muy bien qué, pero, extrañamente, recordó las palabras del hombre, su historia, y el silencio.

Corrió al lavadero. Atravesó la sala de estar, el comedor, la cocina... Salió al patio de la parra y contempló, con el horror que sienten las señoras de Rosario Norte ante lo incierto, las jaulas y los pájaros con los pechos cantores atravesados por espinas.

## Patricio Pron



### DESEO

-¿Cuál es tu último deseo? -preguntó el oficial mecánicamente.

-Morir.

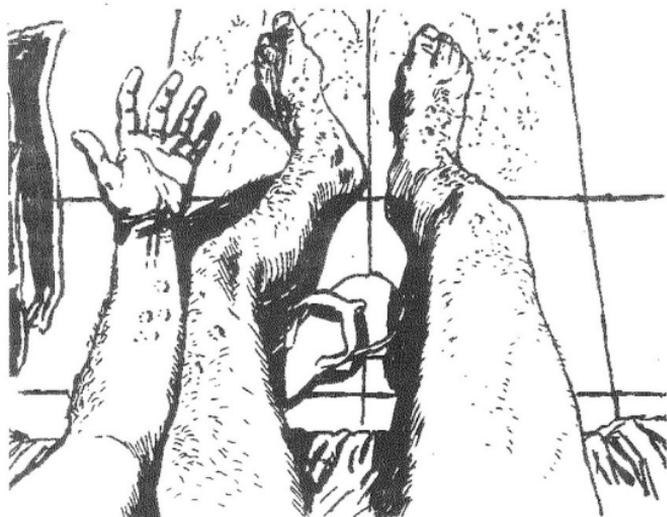
-No puedo cumplir tu deseo -dijo contrariado, y se disparó.

Patricio Pron

# EVOLUCION

Yace aquí en su bañera como un cerebro en su cráneo: prescindible excrecencia, herida absurda, inútilmente orgánica. Tantos años de mentira futurista ("los genios del 2000", etc.) prorrogaron el recurrente impulso filicida de sus padres hasta hoy, es decir, nunca: extrañamente aquí, pies como los de un mendigo del Greco, yace aquí en su bañera, extrañamente él mismo, es decir, vacío: extrañamente nadie.

Levanta la rodilla, como quien levantara una rodilla, sólo que es él, no el Hombre, no simplemente cualquier sujeto tácito en un ejemplo del uso de la palabra "rodilla" en una entrada del diccionario Salvat de 25 tomos, quien levanta la rodilla. Haber nacido nada más que para esto, para saberse apenas algo más que lenguaje: la película sensible sobre el mundo, extraña cosa móvil dotada de tiempo, el pésimo negocio de un metabolismo que de algún modo medra y se sustenta, sólo para esto, para verse existiendo. Generaciones y generaciones de labranza, éxodos, sacrificios y autocompasión para dar forma a esto: visible trama química que sostiene unos ojos, ojos no nacidos más que para ver esto, el organismo que ahora levanta la rodilla, y detrás, el borde curvo de la bañera, bajo los azulejos blancos donde la luz de un mediodía de este tiempo se ocupa íntegramente en diseñar una sencilla geometría de ángulos



quizá rectos, que los ojos -nacidos para ver esto- perciben como obtusos.

La rodilla es pelada, vagamente cuadrada, y sobresale de la superficie lacustre del agua de la bañera como una pequeña isla, rocosa y castigada por los vientos. El organismo descubre que si estira la pierna hasta donde se lo permiten los estrechos límites de la bañera, la rodilla baja y la isla desaparece. El cerebro del organismo utiliza su compulsión asociativa para imaginar estos paisajes, que le resultan siempre más tolerables que la idea: "es mi rodilla, aquí, ahora, mi propio hueso mortal".

Ahora suben los dedos de los pies y emergen dramáticamente, como la cresta vertebral del monstruo del Loch Ness en alguna acuarela brumosa de Roger Dean. Uñas también cuadradas, "las mismas de toda la vida", piensa el organismo, sorprendiéndose de su propia idea, que además es falsa: las uñas se renuevan, sólo conservan su forma, no su materia. Pero todo esto, ¿prueba que el monstruo existe, que el organismo existe? ¿O es sólo otra broma pesada de tus propios pícaros y traviosos electrones, Sam? Pregunta imaterial, sin asidero físico, fue ésa. Y una verdad llega desde la piel, en lenta oleada: "el agua está enfriándose".



Ah, pero el organismo no se levantará tan fácilmente, no romperá en nombre de cualquier moral o criterio narrativo la bellísima inercia de su quietud, no. ¿No es acaso prueba de santidad, permanecer inmóvil? Y responde un angelito maldito desde algún no-lugar: "¡Vago de mierda! ¡Santidad las pelotas!" Las pelotas: crispadas por el frío, ya no flotan. Eso es desagradable. Y el organismo, para mantener su bienestar biológico, al final se levanta. Pesadamente, como un dinosaurio blanquecino y torpe, levemente peludo. Maldice al frío, gruñe, busca una toalla. Se envuelve...

-¡Dale, Dadá, que necesito el baño! -grita la hermana del organismo desde algún afuera, desde cierto punto en el espacio auditivo de una externalidad provisoriamente no visible.

-¡Dale! -insiste. Y agrega: -Ufa...

Impacientes humanos. Mucho más lentamente los peces se convirtieron en anfibios, y nunca nadie les reclamó nada. Jamás.

**BEATRIZ VIGNOLI**

**CIUDAD GÓTICA / 17**

## SIMPLES LAGRIMAS Y MEDIALUNAS

Era una mañana muy soleada de invierno, una fría pero soleada mañana de invierno, cuando de pronto un hombre entró en El Chaco, un pequeño bar de Mitre y 3 de febrero.

El sujeto habrá tenido entre cincuenta y cincuenta y cinco años de edad; si mal no recuerdo pidió una lágrima y dos medialunas, también pidió el diario. Colocó su gorra de color té en la mesa de madera, dio un vistazo a su alrededor y encendió un habano.

El lugar estaba separado en dos: en el sector en donde estaba el viejo era bar; el otro era restaurante, preparado desde la mañana con manteles blancos y servilletas rojas. Las paredes eran de madera clara; en un rincón había un televisor; de la pared que estaba detrás del mostrador colgaban grandes y enteros jamones.

En un momento la lágrima y las medialunas estuvieron colocadas en su mesa, listas para ser digeridas por ese hombre que me miró un par de veces, como preguntándome la razón de mi insistente mirada. Después de un rato comenzó a hojear el diario del 7 de julio olvidándose de mi presencia.

Me preguntaba a mí misma por qué habrá leído solamente la parte de policiales; cuando me dí cuenta, ya se había tomado toda su lágrima y comido sus dos medialunas. Un ratito más tarde tomó la soda que tenía a su lado de un solo sorbo, y con gesto muy cordial llamó a Gallego, el mozo del bar. Este en un segundo estuvo junto al sujeto con una sonrisa de oreja a oreja, una sonrisa que era característica en él, lo tengo tan presente como si fuera hoy, recuerdo también que dos meses y medio después dejó de atender el negocio, pregunté a quien lo reemplazara qué le había pasado a Gallego, me dijo que murió atragantado con un hueso de pollo, más tarde se comentó que fue el de la felicidad, yo creo que no.

Antes de salir, el hombre sacó de su bolsillo un viejo billete de cinco mil australes y los colocó sobre la mesa, debajo del cenicero de vidrio calado verticalmente.

Fugazmente miró hacia el gastado suelo de mosaicos blancos y negros, y se dio cuenta de que el cordón de su zapato izquierdo estaba desatado, volvió a sentarse con suma paciencia, y lo ató. Luego saludó con la mano a Gallego y al hombre de la caja que se encontraba muy concentrado contando el dinero.

Vi por última vez a aquel hombre alejándose por 3 de Febrero. También vi la experiencia, el trabajo desgastante en sus hombros y en sus manos de obrero metalúrgico, ví unos pantalones marrones a punto de descoserse en sus costados, unos zapatos viejos con cordones a punto de morir en la próxima atadura, vi la vida alejándose con canas por 3 de Febrero.

Recuerdo también que vi a mi reloj apurándome para iniciar otro día de secundaria.

LLamé a Gallego y le pregunté cuánto le debía, y me miró con su característica sonrisa y con sus ojos acaramelados y me dijo: -No es nada el día de hoy; mi mejor propina es una historia de las tuyas. Cuando te falte una acordate de Gallego. Eso sí, con una lágrima y medialunas de por medio. Esas cosas simples son las que endulzan la vida. ¿No te parece?

**Herminia Clays**



A. CHALCO

CIUDAD GÓTICA / 13

## LA INSOPORTABLE LEVEDAD DEL MINUTERO

"La niña duerme en casa y en un reloj darán las diez"

JOAN MANUEL SERRAT

"Poco Antes de que den las Diez"-

Sentado en la mesa de un bar, él busca un reloj de pared, ya que su reloj pulsera se ha roto. Ahí está, por fin lo encuentra. Siete menos cinco. Humm... Llegué cinco minutos antes... ¿Dónde habrá un mozo? Ah, ahí...

-Mozo, un cortado -dice y se acompaña con un gesto que en un hipotético lenguaje gestual de los bares querría decir, precisamente, "un cortado".

El mozo se lo trae, medio displicentemente, es verdad. Pero es el cortado número trescientos cuatro que sirve hoy. Y eso contra sólo seis propinas recibidas. Y no hagamos los números de toda la semana.

-Gracias. ¿Tiene hora, mozo?

-Siete y dos.

El mira el reloj. Es verdad, son las siete y dos. Bueno, ya debe estar por venir.

-¿Puede ser otro sobrecito de azúcar, por favor?

-Sí, ya le traigo.

Hay un televisor en lo alto de una pared. Está casi sin volumen y están dando una película. Pero nadie le presta atención, salvo un viejo que se está tomando un vino. Típico bar, éste.

-Acá tiene -dice el mozo, quien de a ratos mira el televisor.

-Gracias, mozo.

Son las siete y siete. El mira para todos lados para distraerse, pero no ve nada. Sólo ve de a ratos la tacita humeante del cortado, y una escena de lo que le podría estar pasando a ella en este momento: la ve bajando de un taxi, para luego dirigirse al bar. Busca un taxi a través de la ventana. Ahí hay uno, alguien baja. No, no es ella.

Siete y doce. Hora de terminar el cortado de un sorbo. ¡Slurp..!

Dentro de su cuerpo viaja ahora ese líquido, mezcla de café con leche y azúcar, que se apresta a llegar al estómago. De ahí, parte irá al riñón en donde se convertirá en orina, junto a otros desperdicios renales. Otra parte va a los intestinos, otra alimenta a las células, etc. Todo esto gracias a la acción de jugos gástricos, biliares, etc., etc. Mientras tanto su corazón no deja de trabajar para su sistema circulatorio.

Claro que, ¿quién se detiene a pensar en esos delicados mecanismos en los que también consiste la vida, junto con, claro está, los movimientos de la bolsa de valores? Sólo los médicos, algún niño al que le están enseñando como funciona el cuerpo humano, ambos casos justificables.

Vamos a la pared. El reloj marca las siete y catorce, gracias a una pila que dura dos años, y que sería algo así como el corazón de un sistema de engranajes que hacen mover tres fierritos, conocidos como agujas. La más corta y ancha indica la hora, actualmente entre el siete y el ocho, pero tirándose más hacia el siete. La más larga y finita siempre se mueve rítmicamente, tac-tac-tac, a la velocidad convencional de una rayita por segundo. Cuando completa la vuelta, la tercera aguja, casi igual de largo pero más ancha, señalará exactamente el número tres. ¡Las siete y cuarto clavadas!

-Las siete y cuarto -susurra él entre bufidos y rezongos varios.

En el televisor aparecen dos tipos que hablan presumiblemente de fútbol, ya que

a sus espaldas se ve, magia de la televisión mediante, un campo de juego. Alguien le pide al mozo que suba el volumen, y el mozo lo hace, magia de los rayos infrarrojos mediante, con el control remoto.

Uy, el partido... Cierto...

-...y a las siete y treinta comenzará el encuentro. Vamos al vestuario de Chacarita, donde se encuentra nuestro compañero Mauricio Zobacalsoni. ¿Me escuchás, Mauricio?

-Sí, te escucho perfectamente, Héctor. Vamos a hablar ahora con Germán Catalepsi, con el "Burro" Catalepsi. Burro, arrancamos desde el comienzo hoy, ¿no?

-Sí, gracias a D -ios, el técnico confía en mí como para que empiece desde el principio este partido, que es amistoso, pero igual muy importante.

-Y esperando convertir después de tan mala racha, ¿no, Burro?

-Sí, Mauricio, esperando reencontrarme con la red, después de tan mala racha, pero le aseguro a la hinchada que Catalepsi no está acabado, y que tiene mucho para dar.

¿Chacarita? ¿Televisan Chacarita?

-Con quién juega Chacarita. Oiga, ¿no sabe con quién juega Chacarita? -pregunta él a un tipo sentado en la mesa de al lado.



-Con Boca, pibe -contestó ante la mirada impávida de él. Es un partido organizado por las barras bravas a beneficio de la hinchada que viaja al mundial.

El compañero de mesa del tipo agrega, con esa sonrisa del que no entiende nada, pero que se las sabe todas, la misma sonrisa que tendría frente a esa cama en la que su mujer lo está gorreando, que para Chacarita juegan como refuerzos, "cedidos por sus clubes", el "Pata" Mondragón, Saluzzi, Rocavalle y el "Estalagmita" Durán.

-Ah...

Y los jugadores salen a la cancha.

-Eh, ¿pero qué hora es? -se le escapa en voz alta.

-Siete y veintido', ahí tené' l reló' -le contesta el comudo sonriente.

-Put... Gracias.

El mira a través de la ventana. Siempre llega tarde esta pelotuda. Oh, ahí viene, mirala vos, lo más pancha. Parece estar cantando o tarareando una canción, mientras busca con la mirada la mesa donde él seguro que ya debería estar.

-Hola, Miguel -le dijo acomodando la silla y dejando su carterita sobre la mesa, actos que le impedían mirarlo a los ojos.

El gastó un 'hola' parco, matizado con una ácida mirada que no hizo mella en ella.

-Creo que se me hizo...

-¿Se te hizo tarde, querida? Hace media hora que estoy esperando acá como un pelotudo. ¿Quién te crees que sos para hacerme perder media hora de mi vida?

-Pero pará, ¿qué hora es? -intenta ella en defensa propia, haciéndose la distraída, cosa que siempre le salió muy bien, aunque él ya no se la creía más. No era la primera vez que ella le hacía perder minutos, o hasta horas, y algún que otro día de su vida.

-¿No ves qué hora es? -grita él-. Siete y veintiséis

-Siete y cuarto, tengo yo. Uh, está parado, mirá.

-Uhhh está padado -se burla él, visiblemente indignado.

-Bueno, disculpame, yo no tengo la culpa -dice ella con un tono de voz que va en alza.

-Ah, sí, disculpame, pobrecita. ¿Qué te pasa? No podés calcular para ser puntual. Mirame a mí, yo llegué siete menos cinco.

-¡Y yo qué culpa tengo de que...!

-¡Shhh! Más bajo que empezó el partido -indican desde otra mesa.

-Y yo qué culpa tengo de que vos seas tan obsesivo con el tiempo -dijo ella en voz baja porque ya había empezado el partido.

-Siempre lo mismo con vos. Bueno, esperá que voy al baño. Ahí está el mozo, pedi lo que quieras.

El va al baño. Tiene mala cara. Ella cambia su cara de guerra por una de '¡qué me importa!' y llama al mozo, quien se acerca sin despegar su atención del partido.

Parte del cortado de la siete y dos se va por las cañerías a las siete y treinticuatro. En el riñón se dice que está todo bien. Al salir del baño, el reloj de pared sigue marcando las siete y veintiséis, pero él todavía está muy nervioso como para notar. Además, a nadie le importa, están todos mirando el partido; excepto ella, que le está poniendo azúcar a los cortados que el mozo acaba de traerles a la mesa, sin dejar de ver el partido. Hablarán en voz baja, pagarán durante el entretiempo, y saldrán del bar tímidamente tomados de la mano. El reloj de pared del bar seguirá marcando las siete y veintiséis. Es que la pila casi siempre tiene menos vida útil que el corazón. Claro que es más barata, aunque no menos confiable, según ciertos puntos de vista que merecen ser respetados.

**Andrés Polaco Abramowski**

## CUANDO LA CIUDAD DUERME

A medida que nos íbamos acercando a la ciudad tuve el presentimiento de algo extraño e ineludible. No podía precisarlo. Yo dormitaba en el asiento de atrás del Fairlane. La ciudad apareció con las luces centelleantes en el amanecer del desierto dorado y pálido, silenciosa, dormida como una gacela. Algunas sierras se recortaban atrás, apenas nítidas. Instintivamente me desperté para verla. No tenía grandes edificios. Era casi plana. Fuimos rápidamente con mi mujer a un hotel. El día es tórrido en estos lugares. Se vive de noche; de noche resalta el juego y la brisa, las luces y el alcohol, y el olor dulzón de la marihuana, la música y las mujeres. Ya en el cuarto me invadió una sensación gélida. El cambio de clima fue nítido. Los acondicionadores expelían su frescura agria. Entonces recordé aquel viaje. Una serie de hoteles -ahora sabía por qué la ciudad del desierto produjo aquel presentimiento; en ese hotel yo vería la vigilia-. El calor intolerable, las camisas suaves, la arena blanca, los pequeños grupos de palmeras. Me esperaba el Mulá en su pequeño santuario. Caminé como en un sueño, la barba crecida de días. Me senté a sus pies y me contó el secreto. Volví lentamente sobre mis pasos, pero seguía estando en el suelo. Volvió mi mente a desandar caminos. Estuve nuevamente en La Guaira, cara al sol. El Mulá calló. Sentí en la yema de los dedos el mármol suave del santuario, el mármol blanco y liso.

Parece como si hubiera ocurrido ahora, pero las cosas son de otra manera. Ahora estoy desnudo, en este cuarto, frente a un espejo. Mi mujer duerme. Si duermo, me invade un sueño donde veo nítidamente la torre del Mulá cubierta de cuervos. Quién sabe si no vio la imagen luego de contarme el secreto y la divinidad desató sus furias. Quién sabe si pronto no la veré yo. Entonces formaré parte del sueño. Entonces seré el Mulá. O todos y cada uno de los cuervos. O la torre. O la divinidad.

17 de abril. 1985.

**Leandro Tuntisi**



## CLAUSTROFOBIA

Casi con seguridad puedo llegar a afirmar que esta sensación comencé a tenerla cuando empezaba a creer que el volar era posible.

La denominada sensación claustrofóbica se manifestó por primera vez cuando me dirigía a la ciudad de Buenos Aires en un elegante y cómodo ómnibus de 5 estrellas. Al observarme dentro del coche con una movilidad respetablemente limitada debido a la regordeta señora que dormía en el asiento de al lado -y parte del mío-, comencé a imaginarme dentro de una decorosa caja de fósforos. Pero, de todos modos, no destiné la suficiente importancia a este fugaz imprevisto.

Sin darme cuenta, este fenómeno siguió expandiéndose y adueñándose de demasiadas situaciones de mi vida, llevando esta especie de claustrofobia a terrenos insospechados y raramente imaginables.

Debido a la gran cantidad de formas que mi claustrofobia ha tomado, he decidido realizar recuento y análisis de estas indeseables manifestaciones:

**1. Claustrofobia Transportiva:** se refiere a la ya nombrada en el principio del relato, trasladándose también a los transportes urbanos.

**2. Claustrofobia Rosarina:** aunque comparta el gran orgullo que sentimos los rosarinos de ser tales, y adore haber nacido -como dicen los carteles- en esta "cuna de grandes", me siento limitado en mi capacidad de movimiento dentro de la ciudad. Para ser más específico, mi capacidad de acción se reduce a los repetitivos lugares en los que me suelo encontrar.

**3. Claustrofobia del Río:** al verme atacado por la desesperación que me produce la claustrofobia N° 2, me es necesario dirigirme a las orillas de nuestro caudaloso río marrón, el Paraná. Pero he aquí que en el momento en que mi cuerpo logra relajarse diviso las orillas de las verdes islas entrerrianas y, en ese instante, se pone en funcionamiento la 3ª de mis fobias, en la que ya entrado en el histérico juego, vuelvo a sentir que esta masa de agua sólo es un obstáculo más para mi libertad.

**4. Claustrofobia Marítima:** habiendo encontrado otra causa de mi encierro, trato de serenarme y me imagino en una casa en la playa, con el mar acariciando las blancas arenas. Pero todo termina cuando veo que no puedo ir más allá de la parte playa del mar y compruebo que éste lo único que hace es impedir que yo avance.



**5. Claustrofobia Planetaria:** al darme cuenta de la dramática situación, no me queda otra que ubicarme en la relajante inmensidad de nuestro planeta, pero éste, al definirse como "globo terráqueo", adopta las características propias de estas circunferencias, las cuales tienen un perímetro y superficies perfectamente limitadas que logran nuevamente atraparme.

**6. Claustrofobia Universo-Espacio-Tiempo:** cuando ya ni la Tierra me alcanza, sólo me queda tratar de expandirme al espacio. Pero otra vez el encierro. Si bien la teoría que afirma que el espacio es infinito es la más probable, mi educación es totalmente finita, ya que descarta lo infinito por el sólo hecho de que nuestras vidas, tal cual las

conocemos, son indiscutiblemente finitas -excluyendo la Fe que algunos podamos tener o no-; y, a partir de esto, el espacio también forma parte de mi gran claustro. En ésta, la 6ª claustrofobia, incluyo a mi más clásico y común enemigo: el Tiempo; que ya desde el primer signo de vida en el vientre de mi madre dividió mi existencia en segundos, minutos, horas, años o siglos.

Habiendo terminado de especificar cada uno de mis principales males, y sin divisar por el momento solución alguna, dejo de escribir para retirarme a descansar en la hermosa comodidad de mi cama, que he sabido ubicar, estratégicamente, en el interior de mi ropero. **Esteban Crincoli**

CIUDAD GÓTICA / 25

## MUDANZA

-¿Qué tal morir de amor?- dijo uno.

-¿Qué tal morir de... ¿Eh?, ¿amor? Mmm..., si, tengo un vago recuerdo de haber sentido algo de eso- dijo otro. Velocidad, la rapidez del olvido.

Ese... sentimiento,

ellas quedaron enterradas bajo el polvo que arrastra el tiempo.

Un respiro,

una bocanada de agua en el fondo del cielo,  
un acto de guerra en soledad, en la vastedad de un pozo,  
un pozo ciego, vacío, lleno de mierda pero vacío  
y un espeso líquido que sube, sube por las paredes de lodo.

-No seas boludo, ...llorar, ...no digas pavadas- dijo uno.

-¿Qué?- dijo el otro, casi enojado.

Perder la capacidad de eyacular lágrimas desde los ojos, olvidarse de llorar,  
puedo esperar, abrazado a mi almohada, ignorando los rayos que la Luna me ofrece a través de mi  
persiana para que vaya con ella, a buscar un consuelo cósmico, un beso aéreo, un reflejo nocturno,  
un golpe de luz falsa, un espíritu errante que nos acompañe.

-Escribir, ¿para qué?, no seas  
pelotudo, andá a divertirte, estudiá, laburá, ...escribir, ...por favor- dijo uno.

-¿QUE?, ¿QUE DECIS?- dijo el otro.

Abandonarse,

abandonarse a los sentidos,

escribir, ¿¿para qué??

¿para escaparle al olvido?

¿para vaciarse y canalizar?

¿para hacer declaraciones?

¿para no llorar?

¿para no morir?

¿para llegar al final y decir: -Listo, nada más me queda por escribir-?

Abandonarse,

abandonarse a los sentidos,

receptor del mundo escondido,

capturador de lo que ocultan las máscaras y vestidos.

Los sentidos, un obturador a la mente,

alcohol y otros (naturales, please), obturadores de la mente,

-para verte mejor- dijo el lobo

-para sentirte mejor- contestó Caperucita abriéndose las piernas,

-para disfrutarlo más aún- el leñador partió el cráneo del lobo,

los niños lo entendían,

no más.

-Dejate de joder, ¿querés?- dijo uno.

-¡¡TOMA, HIJO DE PUTA!!- dijo el otro atravesándole la tráquea de un cuchillazo, viendo  
brotar su odio.

Abandonarse,

abandonarse a la ira,  
sin perdonar la incomprensión,  
sin comprender la incomprensión,  
sin perdonar la sabiduría,  
sin olvidar, sin recordar, sin palpar.

Sin sentidos,  
sin...

Perdonar a la muerte

CONTINUA EN LA PAG. 28



## Estudio Contable

**Marcelo Benjamín Veiser**

La Paz 1667 - Tel. 823962  
2000 Rosario

## Librería Social Universitaria

Alquiler de textos  
Venta de nuevos y usados  
Especialidad en Derecho

Fotocopias  
Duplicación Offset

Urquiza 2033 - Tel. 259361  
2000 Rosario

## Viajes y Turismo



Vanina Cecilia Procopio

**San Martín 659**  
**Tel. 60710**  
**Fax 40685**  
**2000 ROSARIO**

CIUDAD GÓTICA / 27

pues no recuerda su vida,  
tal vez jamás la tuvo,  
olvidar a la muerte,  
pues no tiene pasado y no conoce presente.

El otro quitó el cuchillo y huyó ensangrentado hacia los parques, más allá de las calles.  
Luces que se fusionan,  
regreso a los finales,  
estrategias de un acuerdo entre dioses y demonios,  
políticas enmarañadas, juego de vidas humanas.  
Imágenes de una edad,  
bromas del tiempo,  
una ruleta rusa con balas de agua pesada.

Ella surgió como un cuervo rubio  
para acabar con resquicios de una época,  
para acabar con una sensación que hace eones no sentía,  
para arder en silencio en el fuego de las ruinas,  
para hacer renacer esa sensación que hace eones sentía.

Y sangrar...

Sangrar.

Sangrar por esa cicatriz, rendija de aquel derrumbe.

La depresión de una circulación,

la intención engañosa de una idea primordial, de una esperanza ancestral, como el temor al fuego,  
como un rayo del cielo, de un castigo superior para arrepentirse de lo que era orgullo.

Y sangrar...

Se agachó cuando oyó las sirenas. Policías. Luces, flashes rojos y azules. Un enorme haz blanco  
que lo bañó le hizo dispararse un tiro de animal, un oculto estallido de su pasado.

-No me atraparán- pensó el otro. Y se hundió el cuchillo en el pecho, trazando con el mango  
un círculo en el aire. -Curioso- pensó- el círculo más perfecto de mi vida- sonrió y cayó entre los  
arbustos. La luz lo cubrió pintando una escena digna de Buonarrotti, un cuadro casi atractivo.

Y descubrió a la muerte...

Ella surgió como un cuervo rubio  
para enseñarle a respirar,  
para quitarlo de entre los arbustos  
y lavarle la sangre,

cerrarle la rendija.

Como un ángel de mar profundo,

ella surgió.

El otro volvió a sentir todo aquello.

Y sangró...

Despertó confundido en brazos de aquel cuervo, fumó un cigarrillo y la miró.

-¿Dónde estamos?- preguntó el otro.

-En el infierno- contestó ella- casi vivos.

**Nacho Rosselló**

## IMAGENES CONFUSAS DEL FIN Y EL COMIENZO

El fin de algo es el comienzo de algo; son el mismo componente del mismo límite.

El cine. La preciosa terapia dinámica, pero... drogado comprenderás mejor la película.  
No me jodas.

Cada movimiento está plasmado en escamas plásticas.

Los discos opacan el resplandor de los libros.  
¿Una canción por un poema?

Virginidad.  
Algunos sienten mayor placer masturbándose. Prefieren sentir el calor del semen en el propio vientre.

Conversación entre un padre y el hijo de 15:

-¿Te gustaría debutar?

-¿Debutar?

-Ehh... sí... debutar, hacer el amor.

-Ahh... ¿Coger?, sí, pero con la más sádica ramera.

-Y... ¿vos conocés alguna?

-Mamá.

Hay límites extensos, tortuosos y de una transición dantesca.

El comienzo está condicionado por el fin.

Shhh... Silencio.

¡Ahh!

Los sustos, estimulantes divinos que nos recuerdan vivos, frutos de un fin, semillas de un comienzo. La demoníaca rueda al girar produce un fragor infame y nosotros nos mareamos porque estamos en ella.

El mundo es un ojo líquido.

Para algunos gira con su pija como eje.

Risas distantes pasando el muro desteñido.  
¿Se estarán riendo de mí? No, si no pueden verme.

La serpiente disfrazada.  
La serpiente puede devorar al águila de un bocado.

Me dirigí al desierto a buscar un Shaman.

Le pedí oro,  
y me dio sabiduría;  
le pedí experiencia,  
y me dio inocencia;  
le pedí que me hiciera salvaje,  
y me hizo salvaje.

Volví por el camino pardo y me topé con negros y judíos, hablamos de cosas mientras tomábamos cerveza.

Vejigas abarrotadas.

Nos levantamos y fuimos en busca de un sacerdote y lo invitamos a mear con nosotros en las puertas del Vaticano.

julián  
sinópoli

P  
O  
E  
S  
I  
A

CIUDAD GÓTICA / 23

pablo  
crash  
solomonoff

POESIA

**Del Silencio**

puedo extraer tu caricia.

Flor de la noche imperial  
del siglo 20;

estrella.

De tus ojos reconozco el sentimiento  
de que nada más importa  
De que todo está guardado en su lugar.

**Pedir y despedir**

una noche violenta  
un resbalón de conciencia  
un as de espadas.

Una noche que no salva ni a sí misma.

**Ciclotimismo**

1

Me disparaste como a un flecha en el vacío,  
lleno de vos,  
así,  
atrapado,  
y me acertaste.  
Y ni siquiera me permitiste sangrar.

2

Me disparaste como a un flecha en el vacío,  
lleno de vos,  
así,  
atrapado,  
y me acertaste.

Y ni siquiera me permitiste agradecerlo.

## POESIA

Nunca te delatás, nunca escapás hacia lo incierto  
nunca hacés de lo incierto una palabra, una figura  
nunca rociás una frase con perfume alguno  
ni quemás mi silencio  
ni silenciás mi delirio, ni delirás tampoco.  
Nunca esquivás tus esquivas, nunca deshacés tus inventos  
ni siquiera demostrás qué dice tu mirada  
quizá rellenándola con miles de palabras que no entiendo  
sin saber utilizar un gran silencio con gusto a alba,  
un gran silencio con gusto a tormenta inesperada,  
a orden, a antiorden  
a mañanas, a limonada  
a mirada, a contramirada  
a historias, a distancias  
a ideas, cosas calladas  
a libros, discos desparramados  
a niveles, a desniveles  
a gritos, a patadas  
a novela, a contranovela  
a mil setecientos besos  
a unas tantas pisadas.  
Nunca te delatás, nunca mostrás lo que estás viendo  
o si estás viendo escondés tu mirada.  
Nunca escapás hacia lo incierto,  
por miedo a perder el lugar;  
aquí en esta especie de nada que busca encontrarse en  
su especie invitando a grandes limonadas.  
Nunca te delatás, ese es el problema  
y es por eso que nunca logro descifrarte.

camisas

CHAVAl

ESTUDIO DE

*Gráfica*

diseño  
impresiones  
editorial

Tel. 62829

**nahuel  
marquet**

**P  
O  
E  
S  
I  
A**

# HIPOTECARIO



◆ C ◆ A ◆ F ◆ E ◆

Jueves Literarios  
VIERNES EN CONCIERTO

Laprida 917 - Tel 47427 - 2000 Rosario

**EL MEJOR AMBIENTE, LOS MEJORES TRAGOS, EN...**

# Cenizas

**CAFETERIA**

## **HORARIOS**

Lunes a Jueves de 08 a 03 hs.

Viernes de 08 a 06 hs.

Sábados de 08 a 14 hs. y de 18 a 06 hs.

Domingos de 16 a 03 hs.

**ENTRE RIOS y 3 DE FEBRERO** Tel **261248** 2000 **ROSARIO**